

## Alexis de Tocqueville o la lucidez insobornable

El liberalismo vuelve a estar «de moda» en Europa, pero no estoy seguro de que haya que regocijarse por ello. Las modas de nuestros días contienen tal ingrediente de frivolidad, cuando no de malas pasiones, que las hacen incompatibles con los asuntos del espíritu. No carece ésta, sin embargo, de justificación. La vitalidad de la sociedad americana y el acierto de su actual Gobierno, el éxito económico duradero del Japón y de algunos pequeños países del Extremo Oriente (Corea del Sur, Formosa, Singapur); el hartazgo y descrédito en zonas cada vez más amplias de la sociedad europea de los simplismos socialistas, la permanente crisis humana, social y económica en que están sumidos los pueblos del bloque comunista, que ni la ceguera ni la propaganda pueden ya ocultar, han contribuido grandemente al redescubrimiento del ideario liberal. Pero no es oro todo lo que reluce. Las ideas -tan consustanciales con la doctrina liberal- que vehiculan los medios de comunicación y los ensayos que tratan de ella brillan por su ausencia. El confusionismo y la franca botaratería abundan por doquier.

Se presenta el liberalismo con excesiva frecuencia como un individualismo anarquizante. Por otro lado, los tres grandes mentores del liberalismo actual, Hayek, Raymond Aron y Milton Freedman, se mueven en los mismos supuestos economicistas que las ideologías que pretenden combatir, ignorando las causas de la crisis de civilización de las que debe partir toda reflexión seria y fecunda acerca de la realidad histórica de nuestro tiempo. Esto no quiere decir que sus obras respectivas carezcan de valor, sino que el *nivel teórico* desde el que están planteadas es radicalmente insuficiente y, por tanto, el alcance de su mensaje limitado, y si se las toma como instancia orientadora, perturbador.

El aspecto positivo de este bullicio pro-liberal es también evidente: remueve el enrarecido ambiente del mundo intelectual europeo y permite la difusión de algunas ideas fecundas, con la esperanza, quizá, de tonificar las menguadas ilusiones históricas de las naciones de nuestro continente. Tal es el contexto en que hay que situar la reciente publicación en Francia de una biografía, un tanto gris pero

bien documentada, de Alexis de Tocqueville,<sup>1</sup> uno de los hombres del pasado siglo que más hondamente meditó sobre las *condiciones y requisitos*, tan olvidados hoy, de la democracia liberal.

Alexis-Charles-Henri Clérel, conde de Tocqueville, nació en París el 29 de julio de 1805. Su familia de anti-quísima estirpe normanda -un Guillermo Clarel combatió en la batalla de Hastings (1066) tan decisiva en el destino de Inglaterra-, le había emparentado con los Malesherbes y los Chateaubriand. Política y literatura. La idea de servicio a la nación y de que la vida sólo es digna y vividera bajo el imperio de las formas y de la inteligencia configuraron su existencia desde la niñez. Pero si siempre fue fiel al ideal de su casta *-noblesse oblige-*, Tocqueville jamás compartió sus prejuicios, sus rencores, ni su incapacidad de comprender el mundo nuevo y de renovarse. Tampoco compartió las pretensiones de la burguesía, su egoísmo de clase, su hedonismo, ni su frecuente hipocresía. Tocqueville fue un hombre *libre* que paseó su fina sensibilidad, su melancolía romántica y su lucidez insobornable por una sociedad que le aceptó con cortesía, pero lo escuchó poco, en vida y después de muerto. El mundo anglosajón, en cambio, le consideró al cabo de poco tiempo como un clásico del pensamiento político.

La vida de Tocqueville, aunque romántica -pertenece a la última generación, a la de 1811- carece de espec-tacularidad. Su interés reside en el es-

fuerzo intelectual que hizo para intentar elaborar unos cimientos sociales y políticos nuevos sobre los que reconstruir el mundo que acababa de destruir la Revolución. Su formación fue más completa de lo que ha solido pensarse. Los primeros años con un preceptor, un viejo sacerdote muy unido a su familia, y por el que Tocqueville siempre tuvo un gran afecto. Más tarde hace el bachillerato en Metz. Luego derecho en París donde se licencia en 1826. De 1828 a 1830 sigue los cursos públicos de Guizot sobre la *Historia de la civilización en Europa e Historia de la civilización en Francia* que le causan una gra impresión. Desde la adolescencia innumerables lecturas, sobre todo, de los clásicos franceses del XVII y XVIII. No creo que pueda considerarse esto como un parvo bagaje cultural. Pronto, como otros muchos románticos, Tocqueville se percató de que el mundo en que le ha tocado vivir es un mundo en ruinas. Y esta brusca revelación le deja marcado para siempre. Una duda universal se apodera de él, duda que no logrará nunca vencer totalmente. En 1857, dos años antes de morir, al hacer balance y tomar en peso su vida, escribe a Mme. Swetchi-ne, una dama rusa con la que ha hecho gran amistad: «No sé si le he contado un incidente de mi juventud que me ha dejado una profunda huella... Mi vida había transcurrido hasta entonces en el interior de una fe plena, sin rastro de duda en mi alma. Pero en ese momento penetró en mí, o más bien, se precipitó sobre mí con inaudita violencia, no una duda sobre esto o lo otro, sino la duda universal. De repente tuve la sensación de que hablan los que han asistido a un terre-

moto y ven agitarse el suelo, las paredes, el techo, los muebles, la naturaleza entera ante sus ojos. Caí en la melancolía más negra, cogí un asco extremo a la vida antes de conocerla y me sentí abrumado de espanto y terror a la vista del camino que me quedaba aún por recorrer en el mundo. De vez en cuando, estas impresiones de mi primera juventud (tenía entonces dieciseis años) vuelven a apoderarse de mí: vuelvo a ver el mundo intelectual dando vueltas y me siento perdido y mareado en ese movimiento universal que derriba y disloca; todas las verdades sobre las que he edificado mis creencias y mis acciones.»

Esta confesión reviste particular importancia: es, nada menos, la *clave* de la obra del gran francés. A esa altura de su vida, en plena madurez, Tocqueville siente que los cimientos sobre los que ha levantado «sus creencias y sus acciones» son frágiles, no muy seguros, y palpa la necesidad de ahondar más en ellos, de buscar una tierra más firme, sobre todo para su fe religiosa, dimensión de la vida que considera capital, y que sabe en él ti-xbia y bacilante. Pero no se trata sólo de fe religiosa. En los otros ámbitos de la existencia su seguridad tampoco es total. Tocqueville ve claramente las conexiones y relaciones entre los diferentes planos de la realidad, pero no los nexos; lo que crea una íntima desazón en su vida, desazón que su incapacidad de engañarse y su lucidez mantiene constantemente despierta. Es claro lo que falta al pensamiento de Tocqueville: estar fundado en razón. Quiero decir, en un principio radical e indubitable que lo justifique de manera incuestionable. Tocqueville ni tenía formación filosófica, ni se le

pasó por la mente hacer filosofía; es más, tampoco hizo caso de los filósofos de su tiempo. Su capacidad de análisis, su inteligencia son, sin embargo, formidables. Pero, aparte de que su «presentimiento» de la necesidad de la filosofía es tardío, su sensibilidad y su visión del mundo tienen poco que ver con las formas de filosofía vigente entonces, hecho que, junto al hervidero de tendencias intelectuales poco rigurosas que pululaban a su alrededor, contribuye también a alejarle del pensamiento teórico. Una rápida ojeada sobre su circunstancia histórica nos permitirá comprender su peculiar actitud al respecto.

Tocqueville nace en 1805 y muere en 1859. Vive, por tanto, durante toda la época romántica y el cambio a *otra*, que percibe muy claramente.<sup>2</sup> El romanticismo francés es uno de los períodos más densos e interesantes de la nación vecina. Parodiando el título de una obra de Vigny, podríamos ponerle como lema «Grandeur et Servitu-de», dos palabras que expresan con rigor su realidad bifronte. Por un lado, y desde el punto de vista cultural, la época romántica es el resultado de dos siglos de esfuerzos para dar una forma acabada a las pretensiones históricas fraguadas durante el reinado de Luis XIV, «le Grand Siécle». En pocos momentos de la historia de Francia se acumulan, como ocurre entre 1820 y 1850-65, mayor número de escritores, artistas, inventores, científicos y legisladores egregios. Hay entonces un entusiasmo, una ilusión por el porvenir, una fe en el poder racional del hombre que excusa un tanto el ilimitado optimismo ambiente. Esta sensación de plenitud -extensible a una gran parte de Europa- lleva a muchos a

<sup>2</sup> En una carta de octubre de 1853 declara su sorpresa al descubrir la diferencia existente entre su generación y la que está apareciendo en el escenario histórico, marcada ya por el espíritu positivista.

pensar que se ha llegado, no a una cima de la historia europea, sino al *estado definitivo* de la evolución humana. La visión de Tocqueville es mucho más matizada y penetrante. Si bien participa del optimismo de su tiempo, no cree que se haya llegado -ni se llegue nunca- a nada «definitivo» en este mundo. Los determinis-, mos, por otra parte, le parecen un peligroso error que conduce al hombre a la tiranía. Para él, la grandeza y dignidad se cifran en la *libertad*, en la posibilidad que tiene el hombre de crear su propia historia a partir de ciertos límites dados, pero no fijos ni permanentes.

Este es el lado risueño y fecundo del romanticismo francés. Pero tiene otro, que proviene de algunos defectos del anterior, menos ameno y más problemático: su estado social. Pues si la Revolución de 1789 ha destruido las barreras sociales e igualado la condición de los ciudadanos, haciendo que compartan intereses comunes y contribuyan libremente a la realización del gran proyecto histórico que es la nación, ha destruido también el sistema de usos, vigencias y creencias antiguo y no lo ha reemplazado por ningún otro. Todavía más. La Revolución, que ha surgido de la conjunción de dos irresponsabilidades -la incapacidad del Antiguo Régimen para emprender las reformas necesarias, y las ideologías simplificadoras de los *phi-losophes*- evoluciona vertiginosamente hacia el Terror del 93, creando así una profunda *discordia* que impide elaborar un nuevo consenso que reinstale la *concordia*. La situación de los románticos es pues incómoda, su futuro incierto. Por una parte, el *nivel* cultural de la sociedad es muy alto y exige el paulatino advenimiento de la democracia, como nuevo orden social; éste es, por tanto, el resul-

tado natural de una evolución histórica cada vez más rica y compleja. Pero, por otra, nadie se pone de acuerdo ni en cuanto al contenido ni las condiciones que deben presidir dicho orden. El desacuerdo es profundísimo, pues se engendra en el plano religioso, piedra angular de la estructura de la vida humana. La consecuencia es que, a pesar de las posibilidades reales que el país posee para salir de la crisis, la nación marcha al compás de las convulsiones que engendran la discordia. Sin embargo, esta no es sentida como una fatalidad. Al otro lado del Atlántico funciona una democracia desde hace unos cuantos decenios, para la mayor prosperidad del país que la ha instaurado. Tocqueville, que ha decidido lanzarse a la vida política con la secreta pretensión de devolver la concordia a su país, se embarca para los Estados Unidos el 2 de abril de 1831 en busca de orientación.

Su estancia en los Estados Unidos duró poco más de diez meses, del 11 de mayo de 1831 al 20 de febrero del año siguiente. Le acompañaba un amigo íntimo, Gustave Beaumont, y juntos recorrieron la mayoría de los Estados de la Unión y algunas ciudades del antiguo Canadá francés. Las puertas de la sociedad americana se les abrieron de par en par y ambos amigos pudieron ver, discutir, tratar con toda clase de americanos y analizar a conciencia los resortes de la democracia americana. Pocos viajes más fecundos que éste. Tocqueville nos ha dejado no sólo una de las mejores -y raras- interpretaciones de la realidad americana, sino que el libro que escribió a su regreso a Francia es una de las obras más profundas del pensamiento político del siglo XIX. Demasiado profunda, quizá, para su tiempo, pues *De la democracia en América*, publicada en 1835, fue más

leída que entendida y atendida. El éxito editorial fue muy grande y dio a su autor fama inpercedera. Su tema se prestaba a ello, ya que trataba, a través de un análisis riguroso, de las condiciones que hacían posible la instauración y, sobre todo, el arraigue de la democracia.

Las dos condiciones externas' que habían contribuido a su instauración eran, primero, el aislamiento geográfico -ningún enemigo cercano poderoso podía perturbar los asuntos internos del país- y, segundo, la previa igualdad de condiciones (salvo los esclavos negros y los indios) que había existido siempre en la antigua colonia inglesa. De modo que fue la aspiración a la independencia y no a la igualdad el motor que impulsó a la creación de una democracia. Pero éstas son las causas menos importantes. Las verdaderas *razones* que contribuyen a la buena marcha del Estado democrático en América son las leyes, las costumbres y la religiosidad del pueblo en su conjunto.

El núcleo del análisis de Tocqueville podría resumirse en estos términos. En una sociedad tan igualitaria como la americana y en la que las mayorías son tan homogéneas, éstas podrían aplastar las diferencias, rechazar las alternativas más complejas y fecundas, obturar el porvenir de la nación haciendo caso omiso de los intentos, minoritarios por naturaleza, de renovación o creación cultural. La democracia, se sabe desde Aristóteles por lo menos, puede ser el camino más corto que lleve a la decadencia y a la tiranía, cuando la *pluralidad* de puntos de vista no es respetada por la mayoría. Felizmente, la división\* de los poderes, la independencia del poder judicial, la descentralización política administrativa, la importancia de la política municipal que

mantiene de manera constante ante los ojos de los ciudadanos las reglas del «juego» democrático y de la constitutiva libertad que las sostiene, forman un sólido equilibrio legislativo que no permite a la democracia deslizarse fácilmente hacia el despotismo. Pero no basta con legislar. Las costumbres son aún más importantes, ya que de ellas depende el respeto y la aplicación del «espíritu de las leyes». Entiende Tocqueville por *costumbres* algo muy parecido a lo que Ortega denominaba un sistema de «usos y vicencias, creencias y valoraciones» que configuran a una sociedad. «Considero las costumbres -dice- en el sentido que los antiguos daban a la palabra *mores*. No sólo la aplico a las costumbres propiamente dichas, a lo que podríamos llamar costumbres del corazón, sino a las diferentes nociones que poseen los hombres, a las diferentes opiniones vigentes entre ellos *qui ont cours au milieu d'eux*, escribe textualmente) y al conjunto de ideas que forman los hábitos del espíritu. Englobo, pues, bajo esta palabra, la totalidad del estado moral e intelectual de un pueblo».

Pues bien, los americanos no poseen sólo una rectitud de costumbres y una libertad insólita en sus relaciones sociales que despierta la admiración del lector Pascal que es Tocqueville, sino también un nivel medio de instrucción de los más altos del planeta. La única sombra de la sociedad americana es la situación de los negros y de los indios, grupos de un nivel cultural mucho más bajo, situación a la que Tocqueville ve mala salida y que los propios americanos resolverán mal respecto a los indígenas, y sólo han llegado a resolver últimamente respecto a los negros.

Pero hay más. Esta rectitud de costumbres, esta elevada instrucción y

este amor a la libertad, que forma el soporte sociológico de la democracia en los aún recientes Estados Unidos, está *vivificada* por la profunda religiosidad del pueblo. El derecho a la libertad, subraya Tocqueville, no es una invención «moderna», sino una consecuencia de la religión cristiana que hace de todo hombre una *imago Dei*. Pero si, al contrario de lo que desgraciadamente ocurre en Europa, la religión influye en las costumbres y, a través de éstas, en la política, es porque no interfiere ni se mezcla en los asuntos políticos. La fuerza del cristianismo en América, que tanto asombra a Tocqueville, viene precisamente de que se comporta como lo que es: no un poder político, sino un *un poder espiritual*. Se ocupa, no de «mandar» a los hombres, sino de mejorarlos: de intensificar sus sentimientos altruistas y magnánimos, de mantener alerta el espíritu y la libertad personal de cada uno de ellos, recordándoles que sólo así estarán abiertos a la misericordia divina, a la gracia y a la participación en la vida de Dios.

Tocqueville ve con melancolía que lo que es el punto fuerte de la sociedad americana es el débil de la europea. En América, la democracia no está «fundada» en ninguna *ruptura*, sino en la continuidad creadora, esto es, en el mantenimiento de las tres raíces conexas que fecundan nuestra civilización: el pensamiento fundado en razón, la organización de la vida civil según derecho y el plano del sentido perdurable de la vida, del que se ocupa la religión cristiana. En Europa esta unidad tripartita se ha roto y esta ruptura constituye, dice precursoramente, «le véritable problème de no-tre temps». Y como son muy pocos los que se dan cuenta de ello, escribe con amarga ironía: «Somos los americanos y yo quienes estamos en mani-

fiesto error; pues cada día se me demuestra muy doctamente que todo está bien en América, salvo precisamente ese espíritu religioso que yo admiro tanto. Y me entero de que lo único que falta a la libertad y a la felicidad del género humano al otro lado del océano es creer con Spinoza en la eternidad del mundo y sostener con Cábanis que el cerebro segrega el pensamiento. A esto no tengo nada que responder, salvo que los que dicen semejantes cosas no han visto nunca a un pueblo religioso ni un pueblo libre». En otro lugar Tocqueville afirmará rotundo: «*C'est le despotisme qui peut se passer de la foi, mais non la liberté*».

No se le escapa tampoco la causa de esta mutilación de las raíces culturales de Europa: la irresponsabilidad intelectual que surge en la segunda mitad del siglo XVIII. «Los filósofos del siglo VXHI -escribe- explicaban muy sencillamente el debilitamiento de las creencias religiosas. El celo religioso, decían, se irá apagando a medida que la libertad y las luces vayan aumentando. Lástima que los hechos no concuerden con esa teoría. Existe algún pueblo europeo, cuya incredulidad sólo es comparable con su embrutecimiento y su ignorancia, mientras que en América se puede ver a uno de los pueblos más libres e ilustrados cumplir con ardor todos los deberes exteriores de la religión».

El problema religioso en Europa es una de las cuestiones que más preocupan a Tocqueville, y sobre ella vuelve una y otra vez. En la segunda parte de la *Democracia (1840)* trata de él desde el punto de vista de «tejas abajo». La posesión de una creencia bien arraigada y firme en Dios es, piensa, indispensable a la buena marcha cotidiana de la vida del hombre, pues cuando Dios falta «los quehaceres humanos

se ven entregados al azar, condenados al desorden y a la impotencia... Tal estado de cosas no puede afectar a las almas: distiende los resortes de la voluntad y prepara los ciudadanos a la servidumbre». Proféticas palabras. En 1950, al repasar la historia de la vida colectiva europea en lo que llevaba de siglo, escribía Camus en su *Homme révolté*: «La grande passion de notre siècle est la servitude».

Si Tocqueville admira la democracia y la sociedad de los Estados Unidos no piensa, sin embargo, que sea un «modelo» que haya que imitar. No porque le falten excelencias, sino porque la libertad no se imita, se conquista en duro esfuerzo consimo mismo. América es una irremplazable experiencia histórica «que procura útiles enseñanzas a los que quieren resolver sus propios problemas». La libertad no es pues, algo externo al hombre, sino algo constitutivo de él. No puede ser, por tanto, *una*, uniforme, sino *plural*, es decir, multiplicidad de perspectivas irreductibles e igualmente valiosas, enriquecimiento de las posibilidades humanas creadas por la pluralidad de Situaciones. Esto significa que, cada nación tiene que crear *Informa* de democracia que conviene a su pasado, a su idiosincrasia, a sus pretensiones históricas. A esa gran tarea Tocqueville va a dedicar su vida, con buen ánimo y resolución, tanto más cuanto que Francia, Europa, son herederas de una cultura incomparable. Las ideas expuestas en los dos tomos de su *De la Democracia en América* van a servirle de guía en su actividad política. En 1839 es elegido diputado de una circunscripción de Normandía, solar de sus antepasados, donde será regularmente reelegido hasta el golpe de Estado de Luis-Napoleón. Lleno de celo, pero mal orador, además de no saber mentir ni disimular su anti-

patía por lo que le parecía vil, despreciable o demagógico, su influencia en la Asamblea de la Monarquía de Luís-Felipe, desgraciadamente, pequeña. Vio con amargura que los intereses privados, la pusilanimidad, la falta de audacia y la imaginación de la burguesía prevalecían sobre el interés general, que su egoísmo era demasiado cerril para influir "sobre ella. Varias veces pensó en abandonar la política, pero la esperanza pudo siempre más que el desánimo.

Su gran compensación fue la amistad que le brindaron los mejores hombres de su época; pero rechazó siempre la de Guizot, contemporáneo ilustre e inteligente, al que reprochaba su apoyo incondicional a una burguesía cuyas pretensiones no rebasaban casi nunca la voluntad de poder y el bienestar material. En sus *Souvenirs*, que comprenden sólo los años 1847-52, nos ha dejado algunos retratos de sus contemporáneos, muy expresivos, trazados sin hiél, pero con todo el desdén de que era capaz.

La revolución de 1848 disipó gran parte de sus ilusiones, pero aceptó servir a la República como Ministro de Asuntos Exteriores. El golpe de Estado del futuro Napoleón III le llenó de indignación. Protestó enérgicamente contra lo que consideraba un atropello de la libertad, pero su desilusión no tocó fondo hasta que vio los resultados del plebiscito que «legitimaba» por una inmensa mayoría el fin del Estado de derecho. Desde entonces hasta su muerte, escribe su biógrafo, se sentirá como un «exiliado del interior».

Tocqueville, en efecto, se había quedado solo. La actitud de la Iglesia, en la que había depositado alguna esperanza, acabó de desmoralizarle, al ver que, en vez de defender la libertad, buscaba un amilanado asilo al ampa-

ro del Poder. No es así, piensa como se conseguirá abatir el sañudo espíritu antirreligioso que está socavando los cimientos de la misma civilización. Es preciso denunciar el partidismo intolerante venga de donde venga, de un lado o de otro.

Enfermo, va en busca de salud a So-rrento, en Italia, y más tarde a las orillas del Loira, cerca de Tours. En compañía de algunos amigos íntimos, en la soledad, Tocqueville se pregunta por las causas de una Revolución que parece aún no haber concluido, por la falta de interés por la libertad pública que demuestra el cuerpo social. «Francia -escribía exasperado- está cansada, abatida, medio podrida, no pensando más que en servir al que le asegure su bienestar material». Pero la calma vuelve y se pone a escribir un libro. En él Tocqueville muestra que los orígenes de la situación de su tiempo hay que ir a buscarlos mucho antes de la Revolución, en el siglo XVII, cuando se empieza a construir el Estado centralista y se instala el absolutismo. La construcción de ese Estado, con Richelieu, Mazarin, Luís XIV y sus ministros fue una necesidad. Después de casi un siglo de guerras de religión, de guerras contra la Casa de Austria, de Frondas, la reorganización del *Royanme* era algo más que indispensable. Gracias a ella y al esfuerzo de la mejor parte de la nación, Francia volvió a recuperar el puesto preponderante que había ocupado durante tantos siglos de la Edad Media en el Continente. Pero el absoluti-so y el centralismo absorvieron demasiado las energías del país en provecho de París y de la Corte, y embotaron el gusto por la libertad pública y la costumbre de ocuparse de los asuntos propios. Pues casi nada podía decidirse sin el consentimiento o la orden de París. Así se llegó en el ocaso del siglo

XVIII a la situación, realmente paradójica, en que todos sentían la necesidad de una reforma general y nadie, ni siquiera el Estado, fue capaz de emprenderla. Fue la realidad social misma la que inició de forma incontrolable, confusa, atropellada, con el resultado que nadie, tampoco, supo prever. Tal es en pocas palabras el tema de la otra obra maestra de Tocqueville, *Del Antiguo Régimen a la Revolución*, aparecida en 1856 e, igualmente, de mucho éxito editorial. No era más que la primera parte de una gran obra que debía continuar con la Revolución y prolongarse hasta 1852. Tocqueville reunió muchos papeles y notas para su redacción, pero su muerte; en marzo de 1859, dejó todo un estado de mera preparación. Es seguro que hubiera ahondado más aún en los orígenes de la Revolución. La constitución de la Monarquía absoluta que presentaba *la raison d'Etat* como el valor supremo de los asuntos de este mundo, pasando muchas veces *antes* de los del *poder espiritual*, fue el comienzo de una subversión de valores que desembocó, primero en los *philosophes*, y después en la Revolución. Los hombres del *Grans Siècle*, sinceros, cristianos, no quisieron eso, pero crearon la base, que desarrollará más tarde el pensamiento moderno, de la máxima de que todo está permitido en interés de la sociedad. «Máxima impía -dice Tocqueville- que parece haber sido inventada en un siglo de libertad para legitimar todas las tiranías futuras».

Las últimas preguntas que se hizo, y que muestran un ánimo inquieto -«¿Por qué la reforma se convirtió tan repentinamente en Revolución? ¿Cómo la división más violenta ha podido suceder a una reunión aparente o real? ¿Corno un motín ha podido desencadenar una Revolución? ¿Por

qué unas costumbres, tan suaves, tan humanas, tan afables han engendrado una Revolución tan cruel?»- y una mente en plena posesión de su madurez. Después de su muerte, un largo silencio envolvió en Francia su memoria hasta su redescubrimiento en los años treinta. En el mundo anglosajón se le consideró pronto, he dicho al comienzo, como a un clásico del pensa-

miento político. Pero habrá que esperar a la filosofía de nuestro tiempo para que pueda descubrirse, desde unos supuestos más radicales, el verdadero alcance de sus instituciones e ideas. Esto hace de Tocqueville uno de los más finos y lúcidos intelectuales del siglo pasado, un precursor de la *visión responsable* a la que ha llegado el pensamiento del nuestro.

J.delA.\*

\* Profesor de Filosofía.